

y extensión. De todos modos, pudo marcharse a su pueblo sin que se cumpliera el augurio de que habría de amputársele el brazo.

Reflexiones.—Acabáis de oír en qué consiste una causa de irreductibilidad en las luxaciones de codo. Esta fué para mí una sorpresa quirúrgica, y si bien careció de importancia porque fué combatida al punto, deseo consignarlo para que deje de ser tal sorpresa en lo sucesivo. La mayoría de los autores no la consignan. Hay uno, moderno por cierto, Daniel N. Eisendrath, de Chicago, que en el cap. XXVI, *Luxaciones*, de la *Cirugía* de WW. Keen (1), reconoce que las causas de irreductibilidad son la interposición entre las superficies articulares de fragmentos óseos, de trozos de músculos desgarrados y de cápsulas y el haber transcurrido seis semanas después del accidente. Pero además de que Eisendrath se refiere a la porción troclear y no a la olecraniana, cuatro páginas más adelante, en la 422, declara que «la cápsula rara vez opone grandes obstáculos a la reducción, porque en la mayoría de los casos ha sido extensamente desgarrada». Por esto insisto en que la forma de capuchón en que se agrupó la cápsula sobre la apófisis olécranon, constituye una novedad no descrita antes de ahora que yo sepa.

Termino, ofreciéndoois esta modesta contribución científica, manjar menguado e insulso para paladares intelectuales tan exquisitos cual los vuestros; pero no olvidemos que en la construcción científica, junto a los grandes sillares, se colocan los granos de arena y todos sirven para la solidez del edificio.

Una comedia freniátrica en el siglo de oro

Los locos de Valencia

POR LOPE DE VEGA

La literatura dramática, como fiel espejo de la sociedad, no ha ignorado en ninguna época el tema de la locura. El aspecto, ya cómico ya trágico, de las enfermedades mentales, con sus mil incidentes y variantes, sus sorpresas y rarezas, sus intervalos de lucidez y exaltación, se comprende que tentara la pluma de los grandes dramaturgos. Pero si encontramos locos en el teatro de Shakespeare, de Molière, de Congrève, de Moreto, de Ibsen, en parte alguna de la dramática hallamos verdaderos manicomios. Por esta razón creemos curioso analizar la única obra escénica que sepamos en que aparece un hospital de dementes. Esta obra es la titulada *Los locos de Valencia*, de Lope de Vega, aquel genio tan universal que no desdeñó problema humano alguno y con razón pudo aplicarse la famosa máxima de Terencio. No creo indigno de esta docta corporación dedicar el presente trabajo a la crítica histórica de aquella comedia, de interés secundario para el literato pero primordial para el alienista curioso de los orígenes de su especialidad. Si se han escrito tesis doctorales y dado conferencias acerca de los tipos de locos en el teatro francés o escandinavo, nadie puede reprocharnos que estudiemos los del nuestro, que ha sido tantas veces el precursor y modelo de los demás. El arte, cuando responde a su noble y elevado fin de verdad y belleza, se hermana admirablemente con la ciencia y sólo un criterio mezquino puede suponer undivorcio entre ambos. No creemos excesiva pretensión la de demostrarlo en el curso del siguiente bosquejo.

El primer acto de la comedia empieza ante las puertas del manicomio de Valencia. Dos caballeros, Valerio y Floriano, hablan del lance en que este último mató de una estocada al príncipe Reinero de Aragón. Fugitivo y temeroso Floriano acude a pedir socorro a Valerio y éste le aconseja que se finja loco, acogiéndose como tal en el manicomio para burlar la persecución de la justicia. Como se ve, la treta de simular la vesania con fines médico-forenses lleva ya muchos años de invención. Escuchemos, en efecto, a Valerio:

Oid, que habéis de haceros tan furioso
Que todo el mundo por furioso os crea.
Tiene Valencia un hospital famoso
Adonde los frenéticos se curan
Con gran limpieza y celo cuidadoso.

(1) Edición española, traducida por el Dr. L. Cardenal.—Salvat y C.^a editores.

Si aquí vuestros peligros se aventuran
Y os encerráis en una cárcel destas,
Creed que de la muerte os aseguran,
Que ¿quién ha de pensar que estáis en estas,
Ni viéndoos preso, sucio y mal tratado,
Con tanta paja y desventura a cuestras,
Creer que sois un hombre tan honrado?

Puesto que el caso lo trae, por decirlo así, de la mano, podremos ahora decir algo del famoso manicomio de Valencia, uno de los primeros que se fundaron en el mundo. Pascual Madoz afirma que desde la Reconquista se cuidaban en aquella ciudad toda clase de enfermos a excepción de los dementes. Estos morían sin asilo cuando no los recogía la beneficencia particular.

Así las cosas, sucedió que el día 24 de Febrero de 1409 al dirigirse el P. Juan Gelabert Jofre a predicar en la iglesia de los Desamparados, hubo de ver como en la calle un grupo de mozalbetes insultaba y hacía befa de un pobre loco. Movidó a compasión, el Padre solicitó al terminar su prédica que las almas caritativas fundasen un hospital para los infelices dementes. Quiso la Providencia que uno de sus fieles oyentes llamado Lorenzo Salom, conmovido por la invocación del P. Jofre, se reuniese con otros compañeros para fundar un asilo de orates. En 29 de noviembre del propio año obtuvieron de Martín el *Humano* la sanción regia y el 26 de febrero del siguiente un breve apostólico de Benedicto XIII autorizó la creación del Hospital de la Virgen de los Inocentes. Llamóse vulgarmente *Casa dels folls* y conservó su destino hasta 1484 en que el Concejo, sin duda por razones administrativas, lo ensanchó, convirtiéndolo en hospital general. En 1545 un incendio destruyó el edificio, pereciendo abrasados treinta orates, lo cual excitó tanto la piedad del pueblo valenciano que erigió en el mismo lugar un magnífico hospital. Y volvamos ya a la comedia.

Mientras los dos amigos Valerio y Floriano se dirigen a la administración del hospital, entran por otra parte Erifila y Leonato, enamorados fugitivos. Es ella de una familia principal, que por no casarse contra su voluntad se ha fugado de casa junto con su criado, entregándole dinero, joyas y corazón. Apenas Leonato el criado se ve solo con ella, empieza a reñir por frívolos motivos y acaba amenazándola con una daga para robarle cuanto tiene y dejarla poco menos que desnuda. En tan afflictiva situación queda lamentándose la desdichada, cuando aparecen Valerio y Pisano, médico del hospital y dos criados locos, Martín y Tomás. El diálogo es entonces chispeante e ingenioso cual ninguno sobre el tema de la locura. Pisano se informa de los antecedentes de Floriano, recién ingresado y le responde Valerio:

...Filosofía estudiaba.

Pisano.—La flecha ¿fué de esa aljaba?

Valerio.—Y de un poco de afición.

P.—¿Eso anduvo por ahí?

De suerte que el daño ha sido

Entre Platón y Cupido.

V.—Cada cual pudo por sí,

Que el estudio y el amor

Suelen quitar el juicio.

Abunda Pisano en la tesis, y para probarla le enseña a sus criados locos que eran, dice, grandes estudiantes y ahora sirven bien, piden limosna y hacen mandados. Martín y Tomás, los criados, suelen, como es de rigor, en escena cuatro majaderías que pasan por gracias, pero a todo esto se descubre Erifila cansada ya de su ridículo y vergonzoso paso. Entonces Pisano el médico la toma, como era de suponer, por loca y cuanto ella le dice no hace sino confirmarle en su diagnóstico impresionista. La han robado, pues está loca; detalla la cantidad, loca sin falta; rechaza a uno de los criados que quiere abrazarla, loca de remate. Al fin manda ya sujetarla y encerrarla, pues el caso requiere al parecer un pronto tratamiento, y cuando ella se lamenta diciendo

Pues tras haberme robado
Quereis ponerme en prisión,

responde prudentemente el médico:

Allí diréis el sermón
Del tema que habéis tomado.

Y aquí acaba el cuadro, despidiéndose Pisano de Valerio y prometiéndole que habrá jaula para Floriano si se queja. La verdad es que el alienista aquel parece harto aficionado a dicho medio de tratamiento. En efecto, desde los comienzos del diálogo con Valerio le dice ya sin rodeos:

Pero mucho habéis errado
En no le dejar meter
En la jaula, si ha de ser
Cuerdo el loco aprisionado.

Sabida es la afición que las gentes de la Edad Media tuvieron siempre por las jaulas. En el Glosario de Ducange se dice ya que jaula es sinónimo de cárcel y allí se menciona el cautiverio de Jaime, postrer rey de Mallorca, en una jaula de hierro, donde pasó más de tres años. En el propio libro aparece una cita de la Crónica Veronense, de Muratori, acerca de unos prisioneros que quedaron enjaulados en el Palacio Comunal de la ciudad. Por otra parte, en una traducción catalana de la Biblia se dice ya que Pilato encerró a Jesús en una jaula de hierro y lo envió a la cárcel, haciendo así un anacronismo bien curioso y sugestivo. La costumbre de enjaular a los presos, que tan terriblemente ha pintado V. Hugo en *Notre Dame de París*, se encuentra ya mencionada como cosa corriente en un soneto de Petrarca:

In così tenebrosa e stretta gabbia
Rinchiusi fummo.

Aplicadas al régimen de los locos, recibían estas jaulas diversas denominaciones y entre ellas la de *cista stolidorum* o *fatuorum* en lenguaje oficial. Acostumbraban a alquilarse a buen precio y algunas eran movibles sobre ruedas. Que no se tenían como muestra de crueldad lo prueba la contestación de Valerio a Pisano al reprocharle éste no haberle dejado enjaular a Floriano:

No estando agora furioso,
Como es la luna en contrario
No ha sido muy necesario;
Si lo está, será forzoso.

La jaula, en una palabra, es a la vez un medio de tratamiento y contención que andando el tiempo se agrandaré adquiriendo honores de celda. La primera reforma en la freniatria clínica ha sido libertar a los pobres vesánicos de cadenas y jaulas. La última ha sido la supresión de la celda, substituyéndola por la estancia en cama y la balneación continua. Un siglo de progreso médico se ha necesitado para comprender que la libertad de movimientos del vesánico no le era perjudicial aun en sus crisis más intensas de agitación. Todo el problema estriba en hacer inofensiva la desordenada movilidad y actividad del enfermo. El baño tibio prolongado cumple perfectamente este requisito y constituye un recurso heroico a la vez que inócuo contra las más terribles enfermedades que se acompañan de agitación, cual la psicosis maníaco-depresiva, la demencia precoz, la epilepsia y algunos delirios tóxicos.

Volviendo otra vez a la comedia, tenemos un nuevo cuadro: el interior del manicomio. Allí aparecen Fedra, sobrina del administrador y Laida su doncella, ésta enamorada ya de Floriano y aquella que no tarda en estarlo a su vez. Por su parte Floriano se encuentra con Erifila, y aunque Pisano acude presto a separarlos, ya el amor ha hecho una nueva y doble presa. Si añadimos a esto que Valerio se halla perdidamente enamorado de Erifila desde que la vió a la puerta del hospital, comprenderemos que ya está anudada la intriga de la comedia. La lástima para el médico historiador es que todo se reduzca en estas escenas al florido galanteo del teatro de la época y no haya ninguna pintura de costumbres manicomiales como tan bien habían comenzado.

En el segundo acto tenemos ya locos de amor a todos los personajes, incluso el pobre médico Pisano que monologa tristemente en estos versos:

No me espanta que esta loca
Tenga enamorado un loco,
Que a un cuerdo que no lo es poco
A dalle el alma provoca.
Por ella traigo el cerbelo
Más mudable que un molino;
¡Oh amor! Si eres desatinó,
¿Como eres dios en el cielo?

Y bien puede decirse como en el proverbio *Amor loco yo por vos y vos por otro*, pues Floriano y Valerio beben los vientos por Erifila y ésta por Floriano, que a su vez es amado con pasión por Fedra. Renunciamos a comentar el discreto que lleva esta situación y los mil retruécanos y metáforas de los personajes acerca del amor y la locura. Lo único interesante para nosotros es una escena de simulación por parte de Floriano cuando la visita de Liberto, emisario del rey cuyo hijo mató el primero de una estocada. No hay que decir si lloverán disparates, aunque propiamente ninguno de los que dicen en realidad los vesánicos. Porque es particular, en efecto, que con ser tan fácil recoger discursos de los delirantes, los copien tan poco los autores, que prefieren inventarlos cuando escriben comedias. Sin embargo, exceptuaremos de esta malhadada regla un personaje de Congreve en su comedia *Love for love* (Amor por amor), que finge un delirio pero prorrumpe en exclamaciones verdaderamente arrancadas del natural: «Puede ser.—Yo no os conocía.—El mundo está lleno.—Hay gente que conocemos y gente que no conocemos, y sin embargo el sol los alumbró a todos.—Hay padres que tienen muchos hijos y hay hijos que tienen muchos padres.—¡Es extraño! Pero soy la verdad y he venido a decir al mundo que miente.» Aquí se encuentra la versatilidad de ideas, la incoherencia, la verbigeración propia de los accesos maníacos y la confusión mental. Es un verdadero discurso de manicomio el del autor inglés. En cambio los dichos de Lope son puras creaciones de la fantasía. Ni Floriano, ni Erifila, ni Martín, ni Tomás, hablan como enfermos de la mente, lo que nos induce a creer que el gran dramaturgo no vió jamás un asilo de orates. Quizá haría lo que Goethe, que le daba horror entrar en ellos, pues decía que sobrados locos encontraba ya sueltos por el mundo.

El final del acto es verdaderamente de comedia, pues Fedra y Laida comienzan a hacer y decir toda suerte de desatinos y no hay más remedio que encerrarlas. Cuando el administrador Gerardo oye disparatar a su sobrina Fedra, se pregunta en voz alta si le han dado algún hechizo, a lo que ella responde:

No es hechizo el amor, sino hechicero;
El hechizo es la gracia y hermosura.

Lo que no está mal como respuesta de una loca, pues encierra una verdad profunda. «La belleza», dijo hace siglos Teofrasto, «es un engaño mudo». Y del engaño a la ilusión y de ésta al desvarío no va más que un paso. Ciertamente que la pasión amorosa es la que más espíritus ha trastornado aun sin invadir el dominio clínico de la vesania. Hay muchos actos de enamorados que a la luz de la sana crítica resultan verdaderamente absurdos. El prudente y sensato La Rochefoucauld temía aún el tema del amor como conversación de sociedad al afirmar que no puede hablarse mucho rato del mismo sin decir alguna tontería.

En el tercer acto asistimos a una consulta entre Gerardo el administrador y Verino, alienista de fama. Se queja el primero de que Fedra su sobrina la haya dado ahora en no comer y le aconseja el otro que haga que coma por un medio u otro. Los términos que emplea y el estilo de expresión no difieren mucho de los del *Médico a palos*, y por curiosidad reproduciremos parte del diálogo:

Verino.—Ansi parece que el color del rostro,
Que es lo que aca llamamos atrofia,
Por falta de sustentó muestra pálido;
Descaece el estómago por hambre
Y enfríase de forma que se siente
Del cuerpo en todas las extremas partes.

Y más adelante hace un juicio diagnóstico en la forma siguiente:

Un poco la sentí de calentura;
Viene también de humores melancólicos;
Aqueste mal se llama catalepsis,
Con el furor y frenesí partícipes;
Aunque más propiamente los antiguos
Llamaron este mal de vuestra Fedra
Erotos, que es un género de tristes
Que sólo del amor están enfermos;
El frenesí conturba los sentidos,
Levanta en ellos furia y fiera cólera,
Hácese cuando acaso el que le tiene
Percibe dentro sí vanas imágenes.

Como tratamiento comienza encomendando baños en las extremidades, inhalaciones de vinagre, pan caliente en abundancia, y vino a discreción, lo propio que gustos y fiestas, para acabar aconsejando un casamiento de mentirijillas con el loco Beltrán (Floriano) ya que por él delira. No haremos comentarios sobre tan original terapéutica y nos limitaremos a glosar brevemente las ideas reinantes entonces acerca de las enfermedades mentales y su curación. Como todo el caudal científico de la Edad Media, remontan a Grecia los primeros rudimentos de freniatria.

Hipócrates, con más sentido clínico del que era de esperar en aquella época, admite sólo causas naturales de la vesania, como la corrupción de los humores, la pituita, la sangre y la bilis que perturban el funcionamiento del cerebro. Nada hay en esta concepción doctrinal que repugne las modernas ideas acerca la etiología de la insania del espíritu. Hipócrates describe la *paranoia* como locura por decirlo así genérica y admite como variedades la *mania* y la *melancolía* con los caracteres que casi hasta hoy se les ha señalado. El gran clínico describió ya la epilepsia, la locura consecutiva al paludismo, al puerperio y describió el delirio con el nombre de *phrenitis*. Es de advertir que en la literatura griega emplea Esquilo las voces *phrenoplektes* y *phrenomanes* como loco, mientras Sóccles se vale de la de *phrenomoros* y Plutarco y Herodoto de la de *phrenoblabes*. La extrema facilidad de la lengua griega en formar compuestos explica esta riqueza de vocabulario con el radical *phren*, inteligencia o cerebro, y las voces *mania* o *moria* locura, *blaptein* debilitar y *plektein* dar vueltas.

Herodoto, el padre de la historia, describe la locura de Cambises, rey de Persia y de Cleomenes, rey de Esparta, epiléptico el primero y alcohólico el último. Sin embargo, no edificó teoría alguna a fuer de narrador puro y simple. Aristóteles habla ya de las alucinaciones, dando la misma teoría para explicarlas que creyó una novedad Maine de Biran en el siglo XIX. Al propio autor debemos el primer conocimiento de las paramesias y el curioso fenómeno del *déjà éprouvé*.

Hay más aún; el Estagirita señala ya las relaciones entre el genio y la locura, cual siglos después debían hacerlo Moreau de Tours y Lombroso. La medicina mental romana se inspira en iguales principios que la griega. Así vemos que Galeno localiza en el cerebro las vesanias, describe el aura epiléptica y los trastornos mentales del mal comicial a la vez que reduce a un mecanismo idéntico los fenómenos patológicos y fisiológicos cerebrales. Lo propio que Hipócrates, admite únicamente causas naturales para explicar la locura, rechazando de plano la posesión demoníaca. Areteo de Capadocia no sólo perfecciona la descripción de la epilepsia sino que indica la psicosis maníaco-depresiva. «Algunas veces—dice—se disipa la tristeza de los melancólicos y entonces se vuelven maníacos.» Celio Aureliano establece el diagnóstico diferencial entre la epilepsia y el histerismo. Alejandro de Tralles describe la frenitis, admitida ya por Areteo, localizándola en el cerebro y señala el coma por compresión cerebral. Oribasio enseña las locuras simpáticas y habla de los estigmas de degeneración, entre los que cuenta el paladar en ojiva, la oxicefalia y la plagiocéfalia.

La literatura cristiana, con San Jerónimo, localiza en el corazón las funciones psíquicas, en lo cual concuerdan Tertuliano y San Agustín, pero de lo cual discrepa Lactancio. Este autor restablece el cerebro como órgano del pensamiento, pero en ciertas circunstancias reconoce también como tal el pulmón. Teófilo se adhiere a la misma teoría, haciendo notar que los médicos aplican a la cabeza y no al pecho los fomentos y demás remedios contra la melancolía, la manía, la epilepsia, la amnesia y la apoplejía. Y ya que de terapéutica hablamos, será preciso mencionar que se reducía entonces a las incisiones del cuero cabelludo, la trepanación, las cauterizaciones y el eléboro. Alejandro de Tralles recomendaba la ligadura de la región de donde parte el aura epiléptica para detener el ataque, medio que hallamos todavía relatado por Quevedo en *El gran Tacño*.

La medicina árabe, que tanta influencia tuvo en España, recogió las tradiciones aristotélicas y galénicas, pero apartándose de su verdadero criterio clínico. Razes inicia un lamentable retroceso al admitir manías sobrenaturales y reconocer el don de profecía a los melancólicos. Avicena cuenta las causas morales como factor poderoso de vesania y de él se cuenta el mismo caso de Antíoco y Estatrónice aplicado en la corte de Cobus rey de Georgia. Aunque admite que la melancolía es enfermedad cerebral cuyo origen radica en el bazo, el útero o el hígado, lo que más le interesa y le convence es el elemento psíquico en la etiología. Abenzoar llega a describir locuras de leones, perros, caballos, mulos y asnos, afirmando que son contagiosas y aun pasan de una a otra especie animal. Debe apreciarsele, sin embargo, una descripción de la meningitis y sus desórdenes mentales. Averroes y Abulcasis mencionan poco las frenopatías, atento sólo el primero a quimeras de visiones y profecías y denotando el segundo un empirismo lamentable que no merece el nombre de medicina al aplicar sin criterio alguno ya el hierro candente, ya fomentos, en los enfermos melancólicos.

Estos precursores influyeron diversamente en los médicos españoles, inclinados, según su genio, ya a la observación propia, ya a la tradición. Arnaldo de Vilanova habla de las alucinaciones, describe la epilepsia y se acoge a la dualidad hipocrática de la manía y la melancolía, que intenta localizar en regiones diferentes del cerebro. Cristóbal de Vega describe la manía con vivos caracteres y la define como insania y delirio sin fiebre. Huarte de San Juan admite como forma frenopática, a más de la

manía y la melancolía, el frenesí y relata curiosos casos clínicos no siempre auténticos. Francisco Vallés enriquece la nosografía con dos especies nuevas: la amencia y la demencia, y no se aparta de la vieja frenopatía humoral. Luis Mercado describió casos de melancolía y de hipocondría en enfermos reumáticos y de hígado, y aduce pruebas de la transformación de un estado vesánico en otro como la frenitis degenerada en tifomanía y letargo. Andrés Velázquez dedica un libro a la melancolía, sus causas y síntomas, distinguiendo como una variedad de la misma la manía. Alfonso Ponce de Santa Cruz, en unos curiosos diálogos, estudia también la melancolía, caracterizándola por tres síntomas: la pérdida de memoria, la tristeza y el miedo. Este célebre autor puede considerarse como el primero que haya publicado historias clínicas frenopáticas en España.

Por la enumeración de estos variados trabajos se comprende el lazo que los reúne todos. La patología humoral es la base de la interpretación patogénica, mientras la descripción clínica de los cuadros sindrómicos más aparatosos informa la nosografía por entero. Como en tantos ramos de las ciencias médicas, la doctrina hipocrática ha sobrevivido por espacio de siglos. No sólo los contemporáneos de Lope de Vega, sino los que vivieron dos centurias más tarde han bebido en iguales fuentes, cambiando apenas los nombres. ¿No vemos hoy día, en el tenaz empeño de la escuela clásica francesa en mantener la vieja dualidad de la manía y la melancolía, como un homenaje póstumo a las ideas del anciano de Coos?

Volviendo ya a la comedia, vemos allí a Valerio prendado de la sin par y loca Erifila, que consigue un permiso para llevársela y atenderla en su casa, la del galán por supuesto. Floriano queda muerto de celos, pero necesitando al amigo para salvar su comprometida posición, opta por callarse y devorar en secreto su pena. A más, el médico Verino y el administrador Gerardo han dado en la flor de casar a Fedra con Floriano para curarla de su locura amorosa. Erifila se entera de lo que ocurre, pues las noticias corren presto en un manicomio, y hay la consabida escena de rabietas, melindres y reproches con Floriano. A tanto llega la cosa, que ella se decide a marchar con Valerio para vengarse de su infiel galán, que ve entretanto con zozobra acercarse la hora de su casamiento con Fedra. Porque entre burlas y veras el plan sigue adelante, con gran contento de la dama que sabemos ya es sólo vesánica de conveniencia. Se trata, para el alienista de la comedia, de curar el terrible *erotes* o locura de amor y para ello no le duelen prendas:

Con yerbas Ovidio dice
Que el amor no es medicable
Y así lo más saludable
Fue el remedio que le hice.
Muy poco entiende Galeno
De curar la voluntad,
Porque es una enfermedad
Que se cura con veneno.
Que aunque le solemos dar
Con otras cosas templado,
Aquí se ha de dar mezclado
En muerte que ha de sanar.

Convengamos en que esta terapéutica de la comedia es con harta frecuencia la de la sociedad y que algunos médicos no han dejado de tomarla en serio. Si la causa de las enfermedades mentales estriba en una conmoción psíquica, se comprende que se recurra a otra conmoción psíquica para curarla. A uno le parece oír al famoso doctor Selsam de Erckmann-Chatrion cuando pretende curar una histérica melómana con un concierto monstruo de instrumentos salvajes. «Ya sabéis que el gran Hipócrates afirmó que *Contraria contrariis curantur* y que nuestro inmortal Hahnemann (la escena pasa en Alemania) proclamó que *Similia similibus curantur*. Pues, bien yo digo: ¿qué puede haber más contrario a la música lánguida y artificiosa de nuestras óperas que la música fierá y estrepitosa de los pueblos salvajes? Y por otra parte ¿qué hay más semejante a la música que la misma música?» En este orden de ideas ¿qué hay más opuesto al amor contrariado que el amor satisfecho? No puede ya concebirse mejor remedio contra el *erotes* diagnosticado por Verino y heredado de la antigüedad médica. Apenas hay que demostrar hoy día la inanidad de tales concepciones, que sólo descansan en la ignorancia del determinismo etiológico de las vesanias.

Ninguna pasión, sea alegre o triste, expansiva o depresiva, es capaz de provocar una especie nosológica determinada en freniatria, sea una confusión mental, un episodio maniaco, o depresivo, un delirio epiléptico o una paranoia. Cuando se pasan al tamiz las pretendidas observaciones clínicas de locuras post-emocionales o en general de causa psíquica, se halla su base bien frágil. Ocurre entonces que se aplica el viejo sofisma del *post hoc ergo propter hoc* y la última contrariedad moral del enfermo

pasa bien pronto por la causa de su enfermedad. No es raro que aquél, una vez curado, convenga en la explicación que le dan cuantos le rodean y que el facultativo no especialista comparta asimismo. Hoy día el concepto de la degeneración mental hereditaria aclara todos estos casos, demostrando otros parecidos en la familia del sujeto y aun en la historia de éste sin choque emocional alguno anterior. La psiquis, por decirlo así, obra sólo entonces respondiendo a estímulos internos cuya génesis estamos lejos de conocer. Recuerdo todavía un joven a quien hubo de ver en el asilo del Parque, pendiente a la vez de una causa por robo. Decían sus deudos (y los hechos probaron) que la acusación era falsa y añadían que de esto solo había procedido la locura. Pues bien, el enfermo pasaba una crisis de depresión mental, no haciendo más que lamentarse y llorar de continuo. Lo curioso (o mejor lo natural en su caso) era que al ser preguntado, al fijar su atención, no daba muestras de emoción alguna y respondía atinadamente, con la expresión facial y el tono de voz más sosegados. Había, pues, una disociación completa entre la vida real y la irreal de su mente, confiscándose las expresiones a favor de la última. Es lo que ocurre con la sonrisa estereotipada del demente precoz, que ninguna gana tiene de reirse, y el humor de los alcohólicos que son presa a la vez de la más horrible ansiedad. Este automatismo mental sin conciencia del propio estado, es la característica de la locura y resulta un verdadero contrasentido en operaciones que escapan al psiquismo superior empeñarse en descubrir los estímulos fisiológicos y normales como su causa. Y dada esta patogenia ya se comprueba lo ilusorio de la terapéutica de Verino de la comedia y su legión de imitadores en el mundo real. Con harta frecuencia se aconseja el matrimonio a las histéricas, que son seres precisamente inhábiles para toda vida de familia. Con sobrada frecuencia también se recomiendan placeres y diversiones a los psicasténicos, cuya sola cura o alivio es el trabajo. Lo cierto es que en esta psicoterapia se ven los más curiosos ejemplos, y así recuerdo un militar afectó de una parálisis general incipiente a quien su médico recomendó una campaña en Melilla.

Como episodio burlesco en la comedia figura una procesión de locos que piden limosna: un músico, un gallego que trova aires de su país y un poeta, sin duda por aquello que de *músico, poeta y loco...* Pisano el médico dirige la procesión con un azote y exhorta a su gente a la compostura, diciéndoles:

Pasen delante y pónganse por orden
Sin hacer ni decir cosa que enfade
Porque alegren la gente que los vea
Y den liberalmente la limosna.

Como se ve, la cuestión económica domina el espectáculo y ello hace creer que no andaría el pobre hospital muy sobrado de fondos. Verdad es que aun en nuestros días la caridad ha sido la que ha sufragado nuestras instituciones benéficas y que a nadie se le ocurría otra fuente de ingresos. La reforma administrativa que ha centralizado y regulado los servicios hospitalarios ha llevado aparejada su manutención a cargo del pueblo directamente y por vía de imposición tributaria. Pero en aquella remota época y ante la indiferencia de los poderes públicos, no quedaba más recurso que la munificencia particular, incluso la de transeuntes y curiosos.

De aquí las horribles escenas de locos pidiendo limosna después de divertir al populacho con la triste exposición de su enfermedad. Por lo demás, la Edad Media no sentía la mezcla de aversión y horror que siente la Moderna por los locos. Buena prueba de ello es la serie de fiestas en que los hacía figurar y aun el tema de inspiración que de ellos tomaban muchas obras de la literatura popular, desde el *Jardinet de orats* valenciano al *Narrenschiff* alemán. Transcribiremos por curiosidad la indicada escena, que a decir verdad es de pura invención del poeta y en nada revela la observación del natural:

Belardo.—¿Hay quien les dé limosna a aquestos locos?

Mordacho.—Ut sol fa sol re mi sol fa re ut.

Calandrio.—Eu tenho ja determinado em tudo
Que minha dama falle cõ seu pai
E que se faça o desposorio ainda
Perque me morro e tudo me disaço.

Belardo.—Este verso es tomado del Petrarca
Y corresponde *muito* con Ovidio.

Laida (ap).—Todo fué comenzar esta locura,
Que apenas juraría que estóy cuerda;
Tanto puede en las cosas la costumbre.

Mordacho.—La música es divina concordancia
 Deste mundo inferior y del angélico;
 Todo cuanto hay en todo, todo es música:
 Música el hombre, el cielo, el sol, la luna,
 Los planetas, los signos, las estrellas,
 Música la hermosura de las cosas:
 Ut sol fa sol re mi fa sol re ut.

Entre las ceremonias burlescas de la Edad Media, cuyo postrer recuerdo es la macábrica escena ya descrita; figura la llamada Fiesta de los Locos. Celebrábase durante la Epifanía y en una iglesia donde un tropel de jóvenes vestidos de sacerdotes, de mujeres y de animales, consagraban un obispo de los locos, al que paseaban después en procesión por la ciudad. Para mayor regocijo decíase una misa grotesca, donde el capellán mayor exclamaba: *Monseñor obispo os desea desde el domingo un dolor de hígado y una cesta de perdones y mucha sarna.* Las danzas, animadas por canciones obscenas, acababan de hacer grotesco el espectáculo. A todo esto les alfares servían de mesa para comer y beber los circunstantes, quemándose en el altar zapatos viejos en lugar de incienso. Acababa todo con una carrera desenfrenada por la ciudad en carricoches, desde donde se aullaba, se insultaba a los transeuntes y se les arrojaba lodo. Estas fiestas, que tantas analogías guardan con las Saturnales romanas, fueron ya prohibidas por el Concilio de Toledo de 633. En Francia lanzó la misma prohibición el rey Eudes, sin conseguir gran cosa con ella, pues en realidad la fiesta de los locos no desapareció hasta el siglo XVI. No faltaban, por raro que parezca, doctores apologistas de tan extrañas diversiones: «Nuestros mayores—decía uno de ellos—fueron personas santas y puras y sin embargo celebraban la fiesta de los locos. ¿Por qué no la hemos de celebrar nosotros? Todos tenemos cierta vena de locura, que necesita desahogarse; y no vale más que fermentar en el templo y a presencia del Altísimo que dentro de las casas?» El gusto moderno ha acabado con tales farsas, cuyo último y recóndito eco he escuchado en los patios y cocinas de algún manicomio hace ya muchos años y del que sólo el recuerdo me estremece. Aun curtido en escenas de vesania por quince años de vivir entre ellos, nada me horripila tanto como la alegría bulliciosa de un asilo de dementes. Uno cree asistir al espeluznante banquete descrito por E. Poe en el manicomio suelto donde los locos han encerrado a los guardianes.

El desenlace de la comedia, bien tramado como todos los de Lope; bien poco deja para la curiosidad del alienista. Resucita, cuando menos se piensa, el príncipe Reinero muere a estocadas por Floriano y adoptando entonces la figura de un caballero que visita el hospital. Como por una feliz casualidad le acompaña como criado el intiel Leonato que robó y despojó a la pobre Erifila, se halla un fácil arreglo casándole con Laida la criada de Fedra. Esta se queda compuesta y sin su novio Floriano, que sanado como por ensalmo de su locura se desposa con Erifila. El príncipe, generoso y magnánimo, no consiente sin embargo que Fedra permanezca desairada y hace que Valerio se case con ella, a lo que accede el galán al enterarse que fué fingida su locura. Se conciertan, pues, tres bodas, apadrinándolas al príncipe Reinero, y termina por boca de Floriano con la frase sacramental:

Aquí, Senado, se acaba
 El hospital de los locos.

Y ya no me resta más, como humilde expositor y menguado crítico, que pedir a mi vez la indulgencia de este docto senado, que harta me ha concedido ya al escuchar atento este bosquejo, al que sólo pudo llevarme mi añeja afición a la freniatria y a la historia.

HE TERMINADO.

Un nuevo procedimiento de parto metódicamente forzado

DOCTOR F. PROUBASTA

Académico de número

Los partos enojosos (*tedious labour* de los ingleses), si bien son conducidos en su mayoría a buen término únicamente empleando asepsis y paciencia, existen, sin embargo, algunos casos en que por agotamiento de las fuerzas de la enferma o por iniciarse una infección amniótica, el intervenir, poniendo un término al parto, se impone.